

**ACERVO DIGITAL EDUCATIVO DEL ESTADO DE
MÉXICO**

Subdirección Regional de Educación Básica de Amecameca

Jardín de Niños:

“Donato Guerra”

Zona Escolar J124 C.C.T. 15EJN0743Z

Nombre de la docente

Mtra. Adriana Mendoza Flores

Título del Trabajo

**CULTIVAR HABILIDADES DEL PENSAMIENTO EN EL ALUMNADO
DE EDUCACIÓN PREESCOLAR: ¿UNA REALIDAD O UTOPIA
PEDAGÓGICA?**

*¿Cómo el hecho de aprender a pensar está mediado por la calidad de
experiencias que brinda el docente?*

JUNIO 2020

CULTIVAR HABILIDADES DEL PENSAMIENTO EN EL ALUMNADO DE EDUCACIÓN PREESCOLAR: ¿UNA REALIDAD O UTOPIA PEDAGÓGICA?

¿Cómo el hecho de aprender a pensar está mediado por la calidad de experiencias que brinda el docente?

El jardín de niños como un espacio donde se erigen los aprendizajes esenciales ofrece la bondad de cultivar la capacidad de pensar del alumnado. Los niños que carecen de experiencia en determinados tipos de situaciones no aprenden, el problema es la falta de experiencia y no la incapacidad pensar (Smith, 1994). A razón de ello, las habilidades del pensamiento de los alumnos no mejorarán espontáneamente o a su suerte, se requiere de una intervención docente de calidad que propicie experiencias enriquecedoras e innovadoras. La intención de este artículo es abordar la imbricación entre la díada de enseña pensar como fin educativo y el compromiso docente para responder a esa meta. Ambos como criterios que determinan la calidad educativa.

Entendiendo ese compromiso docente como la responsabilidad del educador para innovar su práctica una vez que ha interiorizado los ejes pedagógicos que sustenta su quehacer al centrarse en las características del alumno como sujeto que aprende, cómo aprende y el rol docente para brindar experiencias auténticas donde el niño aprenda a pensar. Aunado a ello, se parte de la premisa de que la calidad de las experiencias educativas influye en el adiestramiento de las habilidades del pensamiento. También se hace hincapié que esas oportunidades de aprendizaje que pudieran ofertarse necesitan revalorarse para determinar si son las más pertinentes, se alejan de modelos tradicionales e inciden en la calidad educativa.

La educación es uno de los derechos fundamentales de los seres humanos siendo el aprendizaje una de las vertientes básicas de su ejercicio pleno. En este sentido, el quehacer docente recobra una vital importancia en la solidificación de las escuelas y aulas como ambientes dinámicos e innovadores que propicien la formación de mexicanos capaces de desarrollar un pensamiento complejo, crítico, creativo, reflexivo y flexible, resuelvan problemas de forma innovadora en colaboración con otros, establezcan metas personales y diseñen estrategias para alcanzarlas, enfrenten los retos que demanda la sociedad actual, tan compleja y vertiginosa (SEP, 2017).

Si bien es cierto, los niños requieren saber y conocer muchas cosas, en esta sociedad del aprendizaje resulta insuficiente bombardear de saberes o llenar de conocimientos superficiales al alumnado. La función de la escuela no es únicamente enseñar a los niños lo que ignoran sino promover habilidades encauzadas al pensamiento crítico, reflexivo o creativo versus al aprendizaje mecánico, pasivo y acumulativo. Una de las tendencias educativas recientes es la implementación de “Filosofía para niños” de Lipman (1999) como un proyecto novedoso que brinda al alumnado oportunidades para aprender a pensar mediante actividades que

cotidianas desde el enfoque de la reflexión privilegiando las habilidades cognitivas a través del diálogo, juego, cuento y arte.

Ante ello, conviene plantearse las siguientes interrogantes ¿el hecho apremiante de enseñar a pensar como fin educativo, se ha cristalizado en las aulas o sólo forma parte del imaginario pedagógico?, ¿qué tipo de prácticas educativas predominan al respecto en el aula?, ¿Por qué la incorporación de este tipo de proyectos es diminuta y se da a cuentagotas en preescolar?, ¿Será que los docentes preocupados por la calidad de la educación se hacen cada vez más conscientes de la puesta en marcha de esta alternativa? El docente como principal artífice de cambio, ¿tiene miedo a la innovación?, ¿reflexiona acerca de su actuar?, ¿tiene apertura intelectual para renovarse? y ¿está dispuesto a transformar su intervención?

La calidad se constituye como una imagen de la transformación educativa, guía la toma de decisiones (Aguerrondo, 1993; citada en Rodríguez–Mena, 2002) y focaliza criterios que permiten determinar la calidad educativa, entre ellas la dimensión político-ideológica expresada en fines y objetivos de la educación preescolar” –la formación de individuos con un pensamiento complejo, crítico, creativo, reflexivo...– y la dimensión pedagógica que se traduce al compromiso concreto del aparato escolar para responder a las demandas de la sociedad – engloba ejes cómo las características del sujeto que aprende, cómo aprenden los niños, cómo enseña el docente y la intervención pedagógica del docente–.

Bajo este panorama, cuando hablamos de la gestión de aula y su vinculación con la calidad, intrínsecamente nos remitimos a la idea de profesores de calidad. El docente como un profesional de calidad, no solo tiene un dominio sólido de los contenidos curriculares, sino que identifica la complejidad de enseñar a pensar a los alumnos, moviliza sus experiencias y conocimientos sobre lo que debe hacer para que los estudiantes nutran sus habilidades del pensamiento. Por ello, la correlación en la dicotomía político-ideológica (formar un individuo que piense) y pedagógica -el compromiso docente- inmersa en la calidad educativa genera estas discrepancias: ¿un educador que no está comprometido, no es de calidad y difícilmente, enseña a pensar a sus alumnos?, ¿un educador que está comprometido, es de calidad y por ende, sus alumnos aprenden a pensar?

El compromiso docente es una condición esencial para la calidad de los sistemas educativos y se ve reflejado en la medida que organiza situaciones de aprendizaje incentivando las habilidades del pensamiento a través de propuestas de enseñanza que suponen modelos de aprendizaje constructivo. Desde mi punto de vista, el compromiso docente radica en la osadía del educador para atreverse a brindar experiencias novedosas encaminadas a la ejercitación activa de las habilidades del pensamiento y retomar el acto de pensar como una parte ineludible del aprendizaje infantil. Tal como plantea la UNESCO (2014), la innovación educativa es un acto deliberado y planificado de solución de problemas, que apunta a lograr mayor calidad en los aprendizajes de los estudiantes, superando el paradigma

tradicional. Implica trascender el conocimiento academicista y pasar del aprendizaje pasivo del estudiante a una concepción donde el aprendizaje es interacción.

A guisa de ejemplo, pongo de relieve de qué manera las concepciones del educador acerca del desarrollo del niño influyen en qué y cómo enseña. Si percibe que el niño es una hoja en blanco o tabula rasa donde debe ir escribiendo la experiencia, un ser incapaz y poco hábil para discurrir como señalaba Locke en la antigüedad, predominaría una enseñanza transmisora que acentúa la retención vacía de los saberes. En contraposición, si visualiza al alumno como un individuo activo, una especie de científico ávido, capaz de hacer filosofía al establecer preguntas acerca del mundo circundante y que aprende a través de la interacción social, el docente emprendería una práctica educativa centrada en la formación de pensadores creativos, inventivos e independientes.

Paralelamente, una de las cuestiones que se puede notar en las aulas preescolares es la reducida oferta de experiencias de calidad encaminadas al favorecimiento de las habilidades del pensamiento. Es común, observar actividades mecánicas al solicitarle al niño que rellene mosaicos y delinee contornos sobre diseños preelaborados por el docente. La implementación de tareas estereotipadas donde los alumnos deben asemejar un modelo por ejemplo, dibujar una casita tomando con base un cuadrado y triángulo. Este conjunto de rituales transgreden la óptica del niño como sujeto cognoscente al limitar su capacidad de inventiva, descubrimiento o razonamiento y negarle la posibilidad de tomar iniciativa, valorar alternativas o elegir acertadamente.

En consecuencia, la innovación educativa y calidad de la educación están estrechamente relacionadas. El alcance de las buenas prácticas educativas de calidad emergerá del interés por aprender del docente, continuar su formación para transfigurar los paradigmas que hasta el momento han enmarcado su experiencia. También exige al educador hacer frente a las nuevas perspectivas educativas e implica que esté abierto al cambio, se cuestione sobre las creencias y hábitos que inspiran su labor educativa, cómo el currículo oculto respecto a la forma de enseñar determina el tipo de prácticas que pone en acción. Reconozca la posibilidad de estar equivocado inclusive en sus nociones más arraigadas.

Por tanto, la innovación no es una simple mejora sino una transformación que conlleva a la ruptura de los esquemas que no corresponden con las demandas educativas vigentes. La presencia de profesores comprometidos con la educación que se reinventan, se asumen como aprendices y generadores de conocimientos de su propia práctica será de vital importancia para desarrollar procesos pedagógicos de calidad a favor de los aprendizajes de los estudiantes. En palabras de Dewey docentes reflexivos que se cuestionen por qué están haciendo lo que hacen y asuman una actitud de mente abierta, responsabilidad y honestidad.

Fuentes de consulta

Lipman, M., (1991), *La filosofía va a la escuela*, Eumo/IREF.

Rodríguez–Mena G. M., (2002) La calidad de la educación. Un problema actual. La Habana, CIPS. Consultado el 02 de junio de 2020 en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/cips/20120824014613/rodri-1.pdf>

SEP, (2017) *APRENDIZAJES CLAVE. EDUCACIÓN PREESCOLAR. Educación preescolar. Plan y programas de estudio, orientaciones didácticas y sugerencias de evaluación*. México.

Smith, F. (1994) *De cómo la educación apostó al caballo equivocado*, Buenos Aires, Aique.